

PINOCHO

AÑO VI
NUM. 296

25 cts

19 OCTUBRE
1930



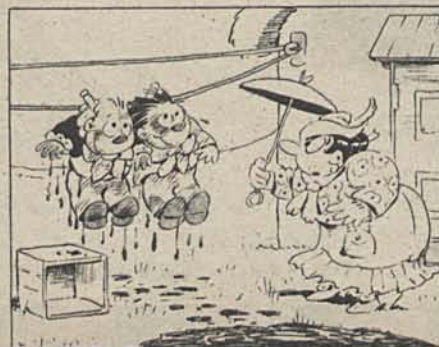
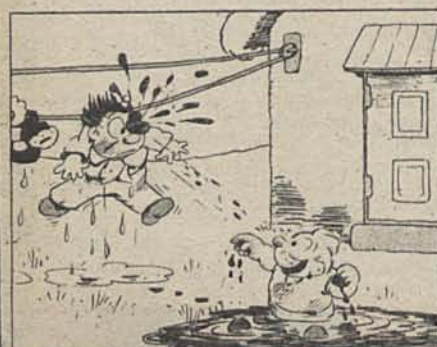
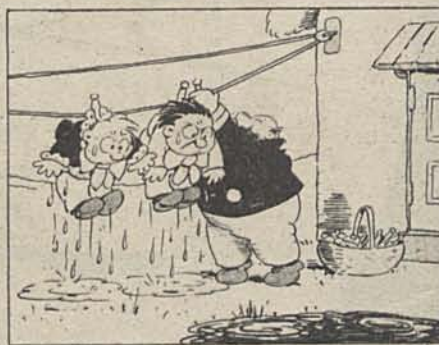
- ¿QUE HACEIS, SUBIDOS AHI?
- CAZANDO LIEBRES.
- ¿LIEBRES EN UN ARBOL?
- ¡CLARO! ¿NO DICEN QUE DONDE MENOS SE PIENSA, SALTA LA LIEBRE?

PINOCHO



SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIÁN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAÍSES AÑO 23 PTS.

La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





(Continuación)

También el cráneo de aquel desgraciado aparecía sin la cabellera, y mostraba

un enorme agujero en el pecho. Los lobos, sin embargo, no habían hecho todavía presa en su rostro. Tal vez la larga barba que le cubría casi hasta los ojos produjo cierto efecto en aquellos animales, que se guardaron bien de acercarse.

Sin embargo, el temor de tales bestias no podía tardar en disiparse.

El postillón, lo mismo que su compañero, había recibido multitud de heridas, y el primero tenía, además, completamente desarticulado el brazo derecho, sin duda por efecto de un golpe de *tomahawah*.

Al ver a aquel pobre hombre, John Maxim no había podido reprimir un grito de furor y de indignación.

—¡Patt, el correo de San Luis! ¡Ah, desgraciado! ¡Tarry-a-la había dicho que tarde o temprano se vengaría!

—¿Le conocéis?—preguntaron con estupor los dos cazadores.

—¡Era el mejor y más valiente empleado que tenía la Administración de Correos!—contestó el *Indian-agent*—. Muchas veces he encontrado su berlina en las fronteras del Utah.

—¡Pobre hombre!

—¿Qué se le va a hacer, Harris? Estos valientes caen siempre, más tarde o más temprano, y su cabellera va a adornar el escudo de guerra de los *pieles rojas*. ¡La de Patt penderá a estas horas del de Tarry-a-la!

—¿Quién es Tarry-a-la?

En vez de responder, John se volvió hacia el *gambusino*, que miraba con ojos amenazadores

a la pequeña india, la cual parecía hacer grandes esfuerzos para ocultar la intensa alegría que la causaba la vista de aquellos cadáveres.

—Esto es una hazaña de los *chayennes*; ¿no os parece?—le preguntó.

—De seguro. Sólo ellos, a pesar de tener armas de fuego, no han renunciado a sus lanzas.

—Entonces, andan por la pradera.

—Es probable. Y yo os aconsejaría que permaneciéramos aquí, en vez de continuar hasta Kampa. Quedándonos, no tardaríamos en descubrir a los indios por la columna de humo de su campamento.

—¿Volverán aquí?—preguntó Jorge.

—No, porque ya no tienen nada que recoger—dijo John—. Deben de habérselo llevado todo. Además, a los indios no les interesan más que las cabelleras.

—¿Tratarán ahora de asaltar a Kampa?—dijo Harris.

—Puede ser; y me parece acertado el consejo del *gambusino* de acampar aquí por ahora, pues así podremos saber algo de los *chayennes* que operan por esta parte.

Condujeron a los caballos a un grupo de hierbas que les ocultaba completamente, y fueron a reconocer más detenidamente el coche-correo para ver si algo se había librado de la rapacidad de los indios.

Todo se lo habían llevado, excepto las cartas, que no podían servirles de nada.

—Disponemos de la otra pata del oso—dijo Jorge, que no perdía nunca el apetito.

—Si quieres, la comes cruda—le contestó John—. El humo nos descubriría, y no deseo que los indios se lleven mi cabellera.

—Pero, ¡calla! ¡Mira ahí, entre la hierba, una galleta que los indios han olvidado!

El *gambusino* se lanzó a ella, y alargando su mano, pelosa como la de un mono, la cogió en seguida, diciendo:

—¡Para la muchacha; nosotros somos hombres!

—Después de todo, tiene razón—dijo Harris. John arrojó la galleta a Minnehaha, que la cogió al vuelo, y para devorarla más tranquilamente se metió en el coche-correo.

—¡Te quedas en ayunas—dijo John a Jorge—por culpa de esta hija de condenados!

El cazador se encogió de hombros, sonriendo.

—¡Bah! ¡No hubiera podido masticar esa galleta dijo—, a pesar de los treinta y dos huesos de mi bocal! ¡Deja que ella dé trabajo a los suyos, que son de perro!

Harris, entretanto, se ocupaba en examinar el horizonte por todos lados, dirigiendo miradas ansiosas.

El *gambusino* le había seguido, con la frente arrugada y sin pronunciar palabra.

Parecía preocupado y descontento. Si los asaltantes del correo hubieran sido guerreros de *Mano Izquierda*, no se habría mostrado, de seguro, inquieto.

—¿Nada?—preguntó el *indian-agent* al cazador, viéndole regresar.

—¡No, John!

—¿Ninguna columna de humo?

—¡Ninguna!

—Y, sin embargo, yo huelo a quemado.

—¡Qué olfato tienes!

—Querido, nací, puede decirse, en la pradera, y llevo muchos años a cuestas.

—Pues no se ve ninguna columna de humo.

—¡Bah! ¡Esperemos!—dijo el *indian-agent*—. Si vemos por ahí fuego retrocederemos a la llanura selvática y trataremos de llegar a Kampa, aunque temo que los *chayennes* hayan hecho una visita a aquella estación. ¡Pobre Patt! ¡Aquel perro de Tarry-a-la cumplió su amenaza!

—Es la segunda vez que pronuncias ese nombre, que debe de pertenecer a algún indio. Tarry-a-la debe de significar, si no me engaño, la *Flecha Volante*.

—Así es, Harris.

—Pues ya que debemos permanecer aquí, cuenta. Así mataremos el tiempo.

—Tienes razón, Harris—dijo Jorge.

—¿Quién vigila?

—El *gambusino*.

—Tiene buena nariz y buenos ojos. Yo creo que la sangre que corre por sus venas casi toda debe de ser india.

Se sentó John sobre uno de los caballos muertos, cargó flemáticamente su pipa de monumentales dimensiones, y en tanto que los hermanos se tendían en la hierba, dijo:

—Me admira que vosotros, que sois cazadores, no hayáis encontrado en vuestras correrías al pobre Patt. Era el correo más estimado desde San Luis a San Francisco de California, y, como he dicho, había realizado felizmente no sé cuantos viajes, no sin tener algunas veces que disparar contra los indios que trataban de darle caza.

«Cierta noche llegó Patt a la pequeña estación de Tarant, donde le esperaban los caballos de relevo, y encontró en la posada o factoría a un colono irlandés, acompañado de una joven de diez y seis años apenas. Él era un *squatter*; ella, su hija. Valiente y decidido, labró en la pradera una magnífica hacienda, y estaba ya en camino de hacer una gran fortuna, cuando los indios se presentaron en su factoría, al mando del jefe llamado Tarry-a-la, o sea *Flecha Volante*.

»Iban con el pretexto de cambiar pieles por balas, pólvora y licores, según era ya costumbre en las factorías, donde los *squatters* realizaban sin peligros grandes ganancias.

»Todo hubiera ido bien, a no mediar el corazón de *Flecha Volante*. Ver a la hija del *squatter* y enamorarse locamente de ella, fué obra de un instante, y aquei *piel roja* formó el plan de tomarla por esposa, amenazando en caso contrario con terrible venganza. La respuesta del padre fué un solemne puntapié, que hizo bambolearse al indio. Tarry-a-la no protestó entonces. Vendió las pieles, recibió la pólvora y los licores, y antes de alejarse dijo en alta voz, lanzando al *squatter* una mirada terrible:

»—¡Nos veremos, y más pronto de lo que tú crees, rostro pálido!

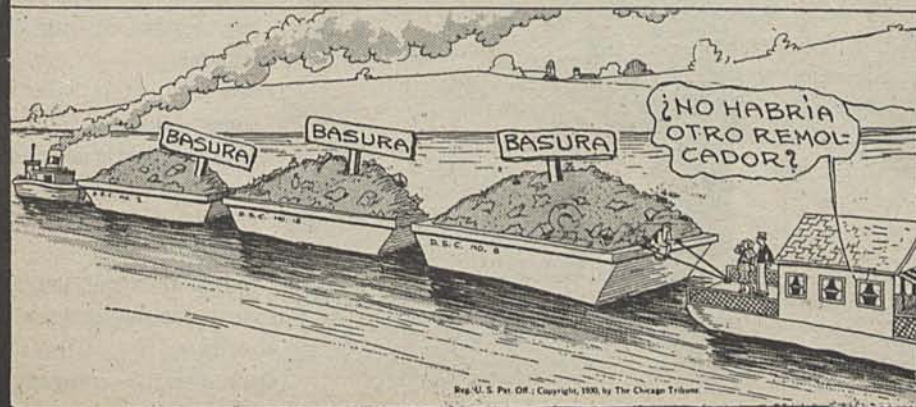
»Durante algún tiempo, los indios no se dejaron ver.

»Ya el *squatter* empezaba a olvidar la aventura, cuando una noche encontró muertos todos sus ganados; otra halló que le habían inutilizado las cosechas, y al poco tiempo ardió una gran parte de su hacienda.

(Continuad en el próximo número.)



COLORÍN y su PANDILLA



Reg. U. S. Pat. Off. Copyright, 1935, by The Chicago Tribune

BRANNER

Los naufragos del Canadá

por E. Salgari

El abuelo Miccò estaba, según las apariencias, de pésimo humor aquella tarde. El viejo marinero, que tanto nos entretenía con sus maravillosas aventuras marinerescas, estaba sentado junto a la chimenea en la cual chisporroteaba un grueso tronco de abeto, y se había puesto a fumar con avidez en su pipa, harto quemada y requemada, sin despegar los labios.

Nosotros, agrupados en torno a la llama que llenaba de humo nuestra casucha improvisada con muros de piedras colocadas sin cemento y recubierta de viejas lonas de las velas y esteras que cogimos del camarote, calentábamos de este modo nuestros miembros entumecidos del frío.

Hacia ya doce días que nuestro barco se había refugiado en uno de esos numerosos *fiordos* o rías de Noruega, a fin de reparar el timón que había sufrido muchas averías durante la última tempestad y a fin de vigilar nuestro pequeño arsenal en tierra habíamos construido aquel campamento.

¡Que soberbio aspecto tenía aquel canal encajado entre altísimas montañas cortadas a pico y ya cubiertas de nieve!

Ni un solo habitante existía por aquellos contornos: en su lugar millares y millares de abetos, muchos de los cuales caían bajo los golpes de nuestras hachas, para convertirlos en leña con que calentarnos durante aquellas heladas noches.

Para pasar mejor el tiempo habíamos tomado la costumbre de reunirnos en la casa del abuelo Miccò, el viejo cabo de cañón que había hecho tantos viajes como pelos le quedaban aún en el cráneo. Llevábamos allí alguna botella de ron y tabaco en abundancia y nos entreteníamos en escuchar las maravillosas historias del viejo marinero.

Aquella tarde hacía un frío intensísimo en el fiord. La nieve impulsada por un viento helado

desde la cima de los montes vecinos formaba borascosos torbellinos en el oscuro canal.

Los altos pinos y abetos retorcidos por las ráfagas gemían lúgubremente como si se lamentasen de aquellos vendavales cada vez más impetuosos.

No sé si fué por razón del frío o por cualquier otro motivo, por el que el abuelo Miccò no parecía dispuesto aquella noche a despegar la lengua.

Todo su interés lo concentraba en aplastar con su pulgar incombustible el tabaco de la pipa y en aspirar el humo con creciente furia, como si el interior de la choza no tuviese aún humo bastante.

—¡Vamos, abuelo Miccò!—le dije yo impaciente por aquel silencio—. ¿Qué le bulle a usted en la cabeza que tiene un ceño tan áspero y huraño? ¿Será quizá que nuestro ron no le ha inspirado aún bastante, o que el tabaco es de pésima calidad?

El viejo cabo de cañón me miró algunos instantes en silencio y dijo después como hablando consigo mismo.

—Sí; aquella noche el viento aullaba como el que hoy viene soplando al través de este *fiord*.

Miré a mis compañeros un poco sorprendido por aquellas palabras. ¿A qué viento se referiría el viejo marinero?

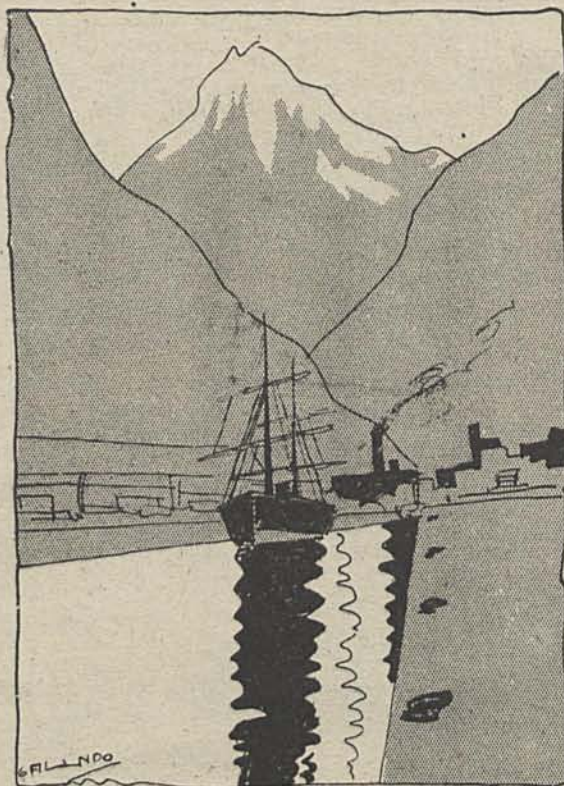
Mis compañeros destaparon la consabida botella de ron y ofreciendo una copita al cabo de cañón le dijeron:

—Bébetelo eso y deja estar al viento, abuelo Miccò.

El viejo lo paladeó, arrancando por un momento la pipa de sus labios, y luego dijo con cierto tono misterioso:

—No quiera Dios que tengáis que pasar nunca por una noche como aquella.

—¿Qué noche?—preguntá-





mosle todos.

El señor Miccó agitó vivamente la cabeza, y después de habernos mirado fijamente a todos con particular atención dijo:

—¿No habéis estado nunca en el Canadá?

—No, señor Miccó.

—Entonces tampoco habréis oído hablar quizá de Noel el pescador.

—Nunca.

—Bravo muchacho—prosiguió el anciano como hablando consigo mismo—. ¡Qué buen compañero, queridos amigos! No había un gaviero más listo en toda la marina británica, y menos aún en la americana, que él. Y, sin embargo, yo le vi caer muerto al golpe que le dió su mismo padre con un garfio ¡Oh los *naufregadores*! ¡Qué raza más infame! Los piratas son mejores que ellos.

—¡Los *naufregadores*!—exclamamos—. ¿Qué historia nos vas a contar, abuelo Miccó?

El viejo cabo de cañón volvió a cargar de nuevo su pipa flemáticamente y vació de nuevo su copita de ron.

—Creo que ya no queda ni uno por aquellas tierras, pero hace cuarenta años había aún muchísimos por las costas del Canadá. Los navegantes tenían más miedo de los *naufregadores* que de las tempestades, de los escollos y de los tiburones.

Todas las costas que forman la inmensa hoz del río San Lorenzo, el mayor de todos los del Canadá y Nueva Escocia, estaban aún pobladas de *naufregadores*, bribones de la peor especie, que vivían a costa de la desgracia de los pobres náufragos.

Anidados en aquellas rocas, recortadas por canales y pequeñas bahías, espiaban ansiosamente las tempestades y las nieblas.

Cuando un barco combatido por las ondas entraba en el golfo de San Lorenzo podía considerarse como perdido.

Los *naufregadores* encendían fuegos en los escollos para hacer creer a los pobres navegantes que eran los fanales de algún puerto y luego esperaban que sobreviniese el naufragio, el cual no solía tardar en sobrevenir.

Las tripulaciones, alentadas por aquellos miserables, se dirigían ansiosamente hacia aquellos fuegos y sus naves, en vez de hallar un refugio contra las embestidas de las ondas, iban a estrellarse entre las rocas.

Después, ninguno de ellos podía salvarse porque los *naufregadores* caían encima de aquellos miseros náufragos, no dejándoles alcanzar la costa, pues los mataban despiadadamente o los arrojaban de nuevo al agua hasta que se ahogaban.

¡Cuantísimos buques han desaparecido de este modo y cuantísimos delitos han sido cometidos por esos ladrones de mar!

¡Cuantísimas fortunas se han acumulado a base de los despojos recogidos por esos miserables en los barcos que hacían naufragar!

Pero dejemos eso; ahora os voy a contar la historia de Noe el pescador de merluzas.

El señor Miccó dió otro sorbito a su copa para remojarse la garganta, atizó un poco el fuego de la hoguera y mientras nosotros nos agrupábamos en torno de él siguió narrando:

—En aquella época iba yo embarcado a bordo de un barco americano que traficaba entre Nueva Escocia y Noruega.

Embarcábamos bacalaos y merluzas en América y llevábamos allí carriles de hierro destinados a las nuevas líneas de ferrocarril que se construían en las proximidades del Lago Huron.

(Continuará en el próximo número)





DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



ESTO ES HORRIBLE, CURRINCHE. SEGÚN LOS LIBROS DE CONTABILIDAD SOLO NOS QUEDA EN CAJA UN MISERABLE CUPRONIQUEL



ESTAMOS ARRUINADOS. NUESTRO PORVENIR LO VEO NEGRÍSIMO. NO SE PONGA ASÍ, HOMBRE. MÍREME A MÍ, LO ANIMADO QUE ESTOY



¿Y PARA QUÉ QUEREMOS LOS CUARENTA DEDOS QUE TENEMOS ENTRE LOS DOS EN LAS MANOS Y EN LOS PIES? PARA TRABAJAR.



¡EJA! YA SOMOS HOMBRES DE NEGOCIOS AHORA VEREMOS QUÉ PASA. ME PARECE QUE LLAMAN AL TELÉFONO, DON TURULATO.



¿DICE USTED QUE SE TRATA DE UNA ESTATUA ROMANA QUE SE LE HA ROTO? MUY BIEN. MÁNDEME TODOS LOS PEDAZOS QUE AQUÍ SE LA DEJAREMOS COMO NUEVA



AQUÍ TRAIGO LA ESTATUA ROTA. DICE MI AMO QUE A VER SI LA ARREGLA BIEN



ESTA QUEDANDO DE CHIPÉN. ANDA, TELEFONEA A ESE SEÑOR PARA QUE VENGA A VER NUESTRAS OBRAS



¡MI ABUELA! ¡SI A ESTE NERÓN NO LO CONOCEN NI SU MAMÁ!



PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO



CUENTOS DE CALLEJA

LUISA Y MARÍA

Castillo

HALLÁBAME sentado una tarde apacible de primavera en un banco de la preciosa avenida que desde Strasburgo conduce a las pintorescas y fantásticas orillas del Rhin, y mi alma se deleitaba en la contemplación del paisaje que a mi vista se extendía.

No lejos de mí, un grupo de bulliciosas niñas se entretenía agradablemente en perseguir a mariposas de azuladas y purpúreas alas, o deshojaba con infantiles sonrisas los floridos ojiacantos para entretener con ellos coronas y guirnaldas.

Poco después desaparecieron entre el follaje todos aquellos angelitos.

Pero dos niñas no quisieron seguir a sus compañeras y se quedaron solas en el césped; en sus delicadas facciones se adivinaba que eran hermanas y que ambas tenían, poco más o menos, la misma edad: unos doce o trece años.

La una era de pelo rubio y ensortijado y facciones sonrosadas, cual un ángel de Murillo; la otra era esbelta y su talle tenía la flexibilidad del junco; su cara era bonita, pero triste, y tenía el color de la magnolia; sus ojos negros y profundos miraban con cierta interesante melancolía; toda ella parecía una flor delicada que no pudo arraigar en el suelo donde fué plantada.

Tenía cogida a su compañera de una mano, y mostraba deseos de llevársela consigo.

—Luisa—le decía cariñosamente—, no permánecamos más aquí, pues el tiempo está húmedo y te podrías poner malita.

—Mira, María—respondió la niña—, si me dejas jugar un poquitito más, te querré mucho.

—No puede ser querida hermana: yo bien te daría gusto, pero es bastante tarde, y si tardamos se va a enfadar mamá, y con razón. Además, podemos enfermar; piensa en lo felices que seremos dentro de ocho días.

—Si es así, vámonos cuando quieras—dijo Luisa.

Y, abrazándose ambas hermanas por la cintura, emprendieron la marcha. Pero no bien habían echado a andar, cuando una mariposa de suaves y sedosas alas pasó por frente a ellas.

Luisita no se pudo contener y, desasiéndose de su hermana, corrió tras la mariposa, que, al verse perseguida, se internó entre unos juncos que crecían a la orilla del río.

Nuestra rubita no se fijó en el peligro, y, dando un paso en falso, se precipitó en el agua.

Al ver caer a su hermana lanzó María un grito que conmovió mi alma.

Corrí desolado, me lancé al río, que en aquel lugar tenía muy poca corriente, y no tardé en sacar a Luisa, que con el susto había perdido el conocimiento.

Todas las niñas, que habían visto lo ocurrido a su amiguita, acudieron presurosas en su auxilio.

María, presa de mortal congoja, se abrazó a su hermana y no cesaba de prodigarle las más tiernas caricias.

Tanto cariño me conmovió en extremo, y una lágrima de ternura surcó mis mejillas.

Cuando Luisita, repuesta ya del todo, recobró el sentido, su hermana María se hincó de rodillas y, elevando al Cielo sus purísimos ojos, rezó una ferviente plegaria, que desde el fondo de su corazón nacía.

Gracias a sus amiguitas pudo Luisa cambiar sus ropas mojadas por otras secas.

Para que no tuviesen miedo, quise yo acompañar a las dos hermanitas hasta casa de sus padres.

Cogí en brazos a Luisita y me puse en marcha seguido de María, que triste y silenciosa iba a mi lado.

Cuando ya esrábamos cerca de la casa me detuvo un momento María para decirme con ternura:

—Mucho os agradeceré, ya que sois tan bueno para con nosotras, que hagáis de modo que nuestra mamá no se asuste mucho con lo ocurrido, pues al fin y al cabo espero de Dios que no traiga ninguna mala consecuencia lo de mi hermana.





Le prometí que así lo haría, y al inclinarme para darla un beso noté que su frente estaba ardorosa por la calentura.

—¿Estáis, por desgracia, enferma?—le pregunté con cariño.

—Tal vez sí—me respondió tristemente.

Y después dirigiéndose al Cielo exclamó:

—¡Dios mío, Dios mío!, haced que no me ponga mala hasta que pasen ocho días.

—Pues ¿qué va a suceder dentro de ocho días?—le dije—. ¿Es que celebráis alguna fiesta en tu casa?

—Sí—me respondió—; la fiesta del Corpus.

Y al decir esto, sus ojos se iluminaron con una alegría intensa.

Miré la palidez mate que cubría la frente de la niña, y experimenté algo así como el presentimiento de una gran desgracia.

En esto nos vió desde lejos la madre de mis amiguitas y corrió a nuestro encuentro.

Como le había prometido a María, expuse a su madre el contratiempo de Luisa del modo más atenuado que pude, y le di algunos consejos referentes a la salud de las niñas.

Por último, me despedí de ellas prometiendo visitarlas a menudo, y una lágrima se desprendió de mis ojos.

Era la hora del *Angelus*: me quité el sombrero y pedí a la Virgen Inmaculada que no dejase que las dulces y santas ilusiones de aquellas dos pobres niñas se deshojasen cual las flores del ojiaconto.



Han transcurrido ocho días: las campanas de la catedral de Strasburgo alegran la campiña, y con su sonido argentino recuerdan a los fieles que aquel día era el dedicado a la fiesta del Corpus.

Un gentío inmenso conducía a la catedral a las niñas vestidas de azul y blanco y coronadas de rosas, y a los niños que lucían en su brazo izquierdo bonitos lazos de raso.

Aquel día era

para los niños el más feliz desu vida, pues por primera vez iban a recibir el Pan celestial de los ángeles.

Aquel que haya visto una primera comunión, nunca podrá olvidar el dulce y tranquilo placer que el alma experimenta al ver que los niños dejan de ser tales para convertirse en verdaderos espíritus celestes.

Me dirigí a la iglesia, y, ya en ella, mi mirada buscó por todas partes a María; pero no vi más que a Luisa. ¿Qué había sido de mi tierna amiga?

Da principio la solemnidad augusta; comienza el sagrado banquete; Luisa llega con las demás niñas y ocupa su puesto; al poco rato los devotos se separan para dejar paso a dos personas: eran María y su madre.

Aquella estaba más hermosa que nunca, pero en sus encendidos ojos se conocía el esfuerzo que le era necesario hacer para mostrarse serena.

Arrodillóse la niña lentamente; elevó la mirada al Cielo y sus ojos despedían los fulgores del lucero de la noche.

Después de comulgar inclinó dulcemente la cabeza y permaneció largo rato ensimismada.

Su madre, presa de mortal angustia, la atrajo con ternura hacia ella.

No era ya María la niña de antes: su frente pura parecía circundada por celestial aureola; sus labios se entreabrían dulcemente con angelical sonrisa.

Después quiso cantar con sus demás compañeras, y, cual si un espíritu invisible diese vigor a su garganta, la voz de María dominó dulce y melodiosa sobre todas las demás.

Al terminar la última armonía del órgano, lanzó María un leve quejido, y su alma, libre ya de las cadenas que al cuerpo la aprisionaran, se elevó alegre y gozosa, a través de las regiones etéreas, en busca de su Dios.

María era un ángel y tuvo que reunirse con sus iguales.

FIN





QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Hoy quiero saber, mi sabio amigo Buho, por qué se llaman de incandescencia las lámparas eléctricas.

—La contestación es bien sencilla, curioso Chonón. Porque la luz se produce al ponerse incandescente el filamento que hay dentro de la lámpara. Una vela, un quinqué, o una antorcha producen luz por combustión. Una lámpara eléctrica la produce por incandescencia, o sea al ponerse al rojo el filamento.

—¿Tú sabes cómo se fabrican las lámparas de luz eléctrica?

—Naturalmente.

—Pues si te parece dediquemos a este tema nuestra charla de hoy. No dirás que no he escogido un asunto luminoso.

—Me parece bien el tema. La lámpara de incandescencia es relativamente moderna, pues sólo cuenta de existencia unos cincuenta años. Claro que desde la fecha de su invención, que se debe al sabio Edison, ha tenido grandes perfeccionamientos en la preparación del filamento, elemento éste el más importante de toda lámpara.

—¿El filamento es entonces ese hilito que tanto brilla cuando la lámpara está encendida?

—Eso es. La fabricación de una lámpara de alumbrado eléctrico requiere múltiples y complicados trabajos. En el interior de toda bombilla hay una columnita o soporte de cristal provisto, en su extremidad libre, de unos bracos de fino alambre que sirven para sostener el filamento. Estas columnitas las fabrica una máquina que las deja en disposición de ser montadas en las bombillas. Lo más delicado en la fabricación de lámparas es la preparación del filamento.

—¿De qué lo hacen?

—Antiguamente, y aun hoy en algunos casos, se utilizaba el carburo, que ofrece la gran ventaja de su solidez, resistiendo los choques y vibraciones bruscas de las bombillas, pero, en cambio, presenta el importante inconveniente de que el consumo de corriente eléctrica es muy grande.

—Y estos inconvenientes que afectan al bolsillo son los más graves ¿verdad Buho?

—Indudablemente. Por eso se pensó en sustituir este elemento por otro que diese buen rendimiento de duración, pero con menor consumo de fluido; y este elemento es el tungsteno. Pero para utilizarlo hay primero que comprimirlo y después darle la forma de delgadísimo hilo, operaciones estas de gran dificultad por la extraordinaria fragilidad del tungsteno.

—¿Y qué cosa es el tungsteno?

—Un metal mucho más duro que el acero y cuya temperatura de fusión pasa de los tres mil grados. Una vez convertido en hilo se coloca en los brazos del soporte de la lámpara, ya en forma de zig-zag, por medio de máquinas especiales, ya otras veces a mano, siendo necesario, en este caso, emplear manos muy delicadas. Este trabajo se confía generalmente a obreras muy especializadas. Antes de colocar el filamento se le sumerge en un baño de una preparación química a base de

fósforo rojo y después de secarlo en un horno especial se le recubre de un barniz para darle más resistencia.

—¿Tú no has notado que cuando se rompe una bombilla hace mucho ruido? Algo así como si se produjese una pequeña explosión.

—Déjame seguir explicándote la fabricación de las lámparas y hallarás la contestación a tu pregunta. Una vez que el filamento ha sido colocado sobre su soporte se monta en su ampolla de cristal, la cual termina por su parte inferior en un tubo estrecho y prolongado, que permitirá hacer el vacío en su interior por medio de una bomba de mercurio. Cuando se ha hecho el vacío en el interior de la lámpara, la misma máquina corta bruscamente el tubito por donde extrajo el aire, funde el cristal del pequeño apéndice y hace la soldadura, cerrando completamente la ampolla.

—Ya comprendo entonces por qué hace ruido una bombilla al romperse: porque explota.

—Lo que ocurre es precisamente todo lo contrario. Como en su interior se ha hecho el vacío, las capas de aire que rodean a la bombilla tienden a llenarlo, haciendo presión hacia adentro, y de ahí que una vez roto el cristal se precipiten a ocupar el espacio vacío y al chocar unas capas de aire con otras se produce el ruido. La verdadera explosión tendría lugar si dentro de la bombilla se encerrase a presión más cantidad de aire de la que le correspondiese contener.

—Así me ha ocurrido a mí algunas veces al soplar esos pitos que terminan en una ampolla de goma: se ha ido inflando, inflando, hasta que al final ¡¡paff!! reventó.

—Esa es la verdadera explosión. Después de hecho el vacío y cerrada la bombilla se comprueba si estas operaciones han sido bien hechas y se procede a colocar la bombilla en su casquillo metálico, que se encola al cristal por medio de un cemento adecuado. A este casquillo vienen a parar dos terminales de cobre que comunican con un hilo metálico que conducirá la corriente eléctrica al filamento.

—¿Y por qué el filamento se pone al rojo?

—Porque al encontrarse en él dos corrientes eléctricas de signo contrario se produce un choque que determina calor, y este calor pone en seguida en incandescencia al tungsteno, dando por resultado ese brillo luminoso que es el fin deseado.

Las lámparas más modernas se construyen con tendencia a un consumo de corriente muy reducido, obteniendo en cambio el máximo de rendimiento en cuanto a potencia luminosa. Esto se obtiene con filamentos cortos, pero gruesos, a fin de que puedan resistir temperaturas muy elevadas. En este caso el filamento no se coloca estirado sobre los soportes, sino que se le da forma de espiral, con lo cual aumenta su resistencia. Además, después de hecho el vacío en la lámpara, se llena el espacio de su contenido con azoe, y mejor aún con gas argón cuidadosamente purificado. Claro que para que la lámpara no reviente tiene que darse a este gas una presión igual a la de la atmósfera que rodea la lámpara.



COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE OCTUBRE

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Caricatura
Santos Pinillos



Retrato
Santos Pinillos



Un fotógrafo
Gonzalo Paez



Pinocho
Pilar Hergueta



Pinocho saltador
Gregorio Rico



Flor de trigo
Gregorio Rico



Uzoudun
Pedro Candel



Mi patito
Carmen Asín



Charlot y su perro
Ricardo Lucena



Valencianita
Julia Donday



El conejo Blas.-Vicente Folgueras



Un ciervo
Pilar Colina



Una lilíaceas.- Domingo Salvador



El amigo Teddy.- S. Torre



Retrato
Santos Pinillos



Antono Ruiz
Miguel Portolés



Nuestra Señora de la Salud
David Muñoz



Mi prima
P. Salamanca



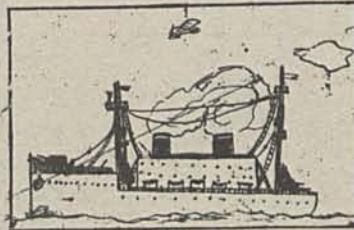
Consuelo Rodrigo



Guardia de la perra
Un desconocido



Un pallebot.-Antón Valcárcel



Transatlántico.-Un desconocido



Spark.-E. López Sordá



La permanente.-Cecilia Medina



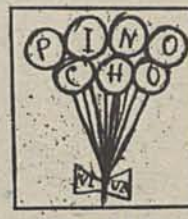
Caballo.- María Cruz Fontanet



Don Turuiato.- E. López Sordá



Un caballo.- Sebastián Cubillo



Fantasia.- Titi Pérez



Pipa.-Santiago Virallé



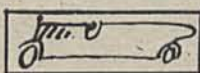
Aéreo acuático.- S. Virallé



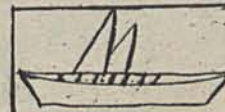
Palomita.-Joaquinita Saraquemada



Morrungula.-Tomás B.



Automóvil.- Fernando López



Un barco.-Fernando López



D. Yuru.-Manoio Bella

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE OCTUBRE

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

LAS TRES LIEBRES

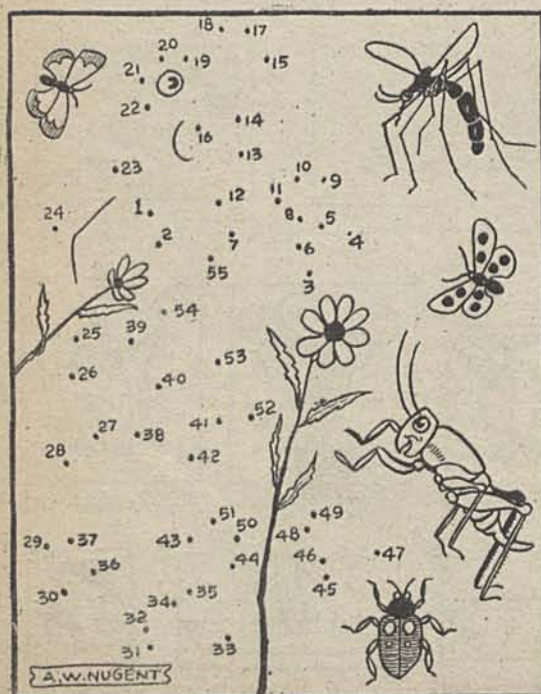


A pesar de que las liebres están muy acostumbradas a andar por los bosques, una noche de Mayo; tres liebres se extraviaron en lo más profundo de uno de ellos.

En vano fueron todas las pesquisas. Nadie las encontraba.

¿Sabéis vosotros dónde están?

JUNTO AL ESTANQUE



Si queréis saber qué animal se oculta junto al estanque, no tenéis nada más que unir los números con líneas, siguiendo el correspondiente orden.

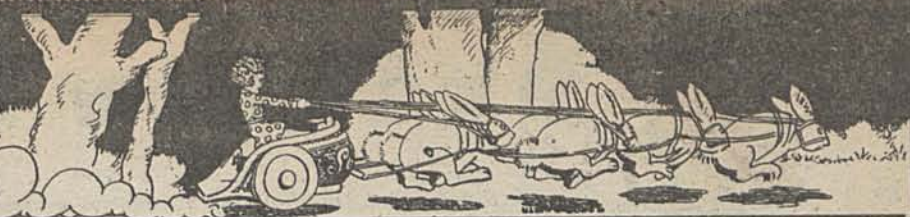
Distribuir los números en los cuadros, de tal forma que, sumados horizontal, vertical y diagonalmente, la suma sea siempre 180.

¡VAYA NÚMEROS!



ANITA

BUEN-CORAZON



SECCIÓN PIRULA



CHARLAS de PIRULA... decoradora

A Kiki le gustan
los trastos viejos

A Kiki la encanta que su mamá compre algo nuevo, porque entonces es frecuente que mamá deseché algo viejo, y no es

menos frecuente que lo desechado vaya a parar a manos de Kiki.

Si duda pensaréis que si a Kiki la encanta que la regalen un trasto viejo, la encantaría mucho más todavía que la regalaran algo nuevo. Pero no es así.

Porque si la regalan algo que esté viejo y, al parecer, inservible, ella tiene la alegría de transformarlo en algo que parezca nuevo y que se deba a su ingenio y a su habilidad. Por ejemplo: hace algún tiempo mamá la regaló un tapetito que había estado cubriendo su mesilla de noche durante muchos años, y desde hacía ya tiempo estaba relegado en el fondo del talego de los trastos.

La cosa no era para menos, pues el tal tapetito estaba tan destrozado, que bien puede decirse que se componía de unos cuantos agujeros, con un poco de tela alrededor de cada uno.

Kiki se apoderó de aquel pinglo, lo recortó en unos unos cuantos trozos iguales, los unió unos a otros, ocultó las pegaduras con un punto de festón hecho con lana gruesa, lo bordeó con otro punto de festón y se fabricó así un tapete nuevo, que no era excesivamente pequeño, como pudiera creerse, sino de un tamaño suficiente, puesto que cubría una mesa de comedor... del comedor de la casita de muñecas, naturalmente.

Pues, ¿y aquel vetusto sombrero de paja que Kiki descosió y volvió a coser dándole la forma de una preciosa «capeline» veranlega para su «hija» Etelmira?

Como véis, Kiki es una admirable Pirulinda. En un concurso de Pirulindas se llevaría el primer premio y sería nombrada reina de las Pirulindas, no ciertamente porque sea más bonita, ni más lista, ni más simpática que cualquiera de vosotras, sino porque lleva a un grado sumo la afición a aprovechar las cosas inservibles. (Claro que además de reina de las Pirulindas me diréis que Kiki podría ser nombrada también reina de las traperas... caso de que hubiera traperas con bucles rublos y calcetines blancos).

Hoy Kiki está de enhorabuena. Mamá ha hecho una adquisición: ha com-

prado nuevos ples para sombreros. Son de lo más gracioso que puede imaginarse: uno representa un clown que tiene en equilibrio, sobre su nariz, el mango de la «seta» de madera, sobre la cual descansará el sombrero; el otro representa un guardia de la porra que, en lugar de porra, tiene en la mano el consabido mango de la consabida seta.

Kiki está entusiasmada. Cualquiera diría que estos objetos son para sus propios sombreros y no es así. Mamá los ha colocado en la tabla central de su armario y sobre ellos descansarán, como es natural, sombreros de mamá.

Los sombreros de Kiki no merecen todavía tanto honor. Y no es ciertamente porque no sean bonitos. Aquí tenéis los tres que lucirá esta temporada: uno es un fieltrecillo de color castaño, con un lazo del mismo fieltro, por detrás, que se pone para ir a clase y que completa muy bien su abrigo de gruesa ratina del mismo color; el otro es un gorro de punto verde, adornado con un bordado blanco y negro, y con vivos negros, que le sirve para pasear por las tardes cuando se pone su abrigo de terciopelo negro; y el tercero es una ancha «capelina» de fieltro rosa, que reserva para los días de gala, cuando se pone su vestido de organdi.

Pero, al fin y al cabo, por muy bonitos que sean estos sombreros, no pasan de pertenecer a una Pirulinda de once años y les basta con una caja de cartón.

Entonces, ¿por qué está de enhorabuena Kiki? Muy sencillo: porque mamá sólo necesitaba un pie y se ha comprado dos, por lo cual a mamá la sobra ahora un pie (un pie para sombrero, claro está) y este pie que la sobra, mamá se lo ha regalado a Kiki.

Es uno de los viejos y es completamente vulgar: se compone de una peana y un palo liso, con su seta, y es de madera. No es, por lo tanto, ninguna preciosidad del otro jueves, ni de ningún otro día de la semana... pero lo va a ser muy pronto. Va a ser una preciosidad y va a ser una lámpara. Nada más sencillo.

Lo primero que hace Kiki es pintarlo con pintura esmalte azul, porque tal es el color que domina en su cuarto. Un electricista colocará un portalámparas, cuyo hilo pasará por dentro del palo y saldrá por debajo de la peana. Para que pueda salir sin dificultad, se le añade a la peana, por debajo, tres taruguitos, que forman las patas y mantienen la peana al aire.

Y ya no queda más que colocar una armadura y ponerle una pantalla de papel plisado, azul también, para tener una lámpara muy bonita, muy sencilla y, sobre todo, muy original, pues es posible que otra igual no ha de encontrarse por ninguna parte. Sobre todo si en lugar de ponerle una pantalla de papel plisado se le ocurre a Kiki fabricar una con un cesto de costura o con un sombrero, o con cualquier trozo de tela, de cartón, o de papel, que caiga entre sus manos.

